

Vocación dentro de la vocación

Cómo san Antonio de Padua se convirtió en franciscano

ECCLESIA

16_01_2026



**Ermes
Dovico**



En Coimbra, en el Monasterio de la Santa Cruz, se conserva una estatua muy particular [véase la foto abajo]. Se trata de la única estatua conocida que representa a san Antonio de Padua (1195-1231) —o «de Lisboa», como lo llaman en Portugal— no con el hábito

franciscano, sino con el de su primera orden religiosa: los Canónigos Regulares de la Santa Cruz, instituto fundado en la primera mitad del siglo XII en la misma ciudad de Coimbra y que adopta la regla de San Agustín.

Sobre esta estatua, por lo demás sigue la representación clásica de San Antonio, con el Niño Jesús en brazos: un elemento que no es meramente devocional, sino que se basa en un hecho concreto de la vida del santo nativo de Lisboa, del que fue testigo providencial un amigo suyo, Tiso VI Novello da Camposampiero, quien en junio de 1231, pocos días antes de la muerte de Antonio, lo acogió en la ermita cercana a su castillo.

Pero volvamos a Coimbra, en 1220: entonces nuestro joven santo se llamaba por su nombre de bautismo, Fernando, o mejor dicho, don Fernando, ya que ya era sacerdote. A Coimbra, entonces capital de Portugal, había solicitado y obtenido su traslado unos años antes porque deseaba un mayor recogimiento del que disfrutaba en Lisboa, su ciudad natal, donde las frecuentes visitas de familiares y amigos le distraían precisamente de la oración y del estudio de las Sagradas Escrituras y de los Padres de la Iglesia. Hay que tener en cuenta que su casa natal, donde hoy se encuentra una iglesia dedicada precisamente a San Antonio (cerca de la catedral de Lisboa), está a solo un kilómetro del Monasterio de São Vicente de Fora, donde el santo había iniciado su camino religioso.

En el monasterio de Coimbra, don Fernando había encontrado una rica biblioteca, lo que facilitaba su estudio. Pero en ese mismo monasterio, en un momento dado, el rey Alfonso II nombró a un prior que dio que hablar no por su piedad cristiana, sino por su estilo de vida mundano y su derroche de bienes materiales, hasta el punto de dividir en dos a la comunidad y recibir incluso la excomunión del papa Honorio III.

Mientras tanto, el 16 de enero de 1220, en Marrakech, Marruecos, ocurrió un hecho que influiría en la vida de nuestro santo: el martirio de los cinco frailes franciscanos Berardo, Ottone, Pietro, Accursio y Adiuto, conocidos también con el nombre colectivo de «protomártires franciscanos», decapitados por el califa por haber intentado convertir a los musulmanes a Cristo. Una misión que les había sido encomendada por san Francisco.

Los cuerpos de los cinco frailes fueron recuperados poco después por los portugueses y trasladados a Coimbra. Al ver los restos de los mártires, don Fernando quedó profundamente impresionado. Él mismo se sintió llamado a la misión de evangelizar a los musulmanes, incluso hasta el martirio. Después de obtener el permiso

de su superior, dejó el hábito de los canónigos y se unió a los franciscanos. Para marcar ese cambio de vida, Fernando tomó el nombre de Antonio, en honor a San Antonio Abad, a quien estaba dedicado el romitorio de Olivais, en Coimbra, donde vivían los primeros franciscanos portugueses. Luego, pidió a su nuevo superior, Giovanni Parenti (que en 1227 se convertiría en el primer sucesor de san Francisco), que le permitiera partir como misionero. El permiso fue concedido. Así fue como Antonio y un hermano (Filippino di Castiglia), en el otoño de 1220, partieron hacia Marruecos.

Pero las cosas no salieron como Antonio esperaba. De hecho, en África, el santo contrajo una enfermedad que le impidió predicar. Por lo tanto, su hermano le convenció para que regresara a su patria. Así fue como los dos frailes se embarcaron hacia la península ibérica. Pero también esta vez, podríamos decir, Dios tenía otros planes. El barco en el que viajaba el santo fue empujado por una tormenta hasta las costas del este de Sicilia, naufragando entre Tusa y Caronia. A partir de ahí comenzaría una nueva y extraordinaria fase en la vida de Antonio. Él y su hermano se desplazaron por la costa hacia el este, llegaron hasta el cabo Milazzo (donde se encuentra un santuario rupestre en recuerdo del paso del santo originario de Lisboa) y, con la ayuda de los pescadores del lugar, llegaron al convento franciscano de la ciudad. Allí se les informó de que Francisco había convocado un Capítulo General para Pentecostés de 1221. Antonio también quiso participar, llegando a Asís después de varias semanas de camino a pie. Así vivió lo que pasó a la historia como el «Capítulo de las Esteras» (30 de mayo - 8 de junio), llamado así porque los aproximadamente tres mil franciscanos que participaron se alojaron en cabañas hechas de esteras. Nuestro Antonio era aún desconocido para la gran mayoría de su nueva Orden y lo seguiría siendo durante más de un año, es decir, hasta que, en septiembre de 1222, su superior se percató, por una circunstancia providencial, del extraordinario talento del santo portugués (hasta entonces destinado a los trabajos más humildes) para la predicación.

El resto de la historia y la parábola de Antonio dentro de la Orden Serápica es más que conocida, pero el punto de inflexión se produjo precisamente aquel día de 1220 en que el entonces don Fernando se encontró ante los ojos los cadáveres de aquellos gloriosos mártires. Él mismo había testificado que fue precisamente el martirio de Berardo, Ottone, Pietro, Accursio y Adiuto lo que le dio la motivación decisiva para entrar en la Orden Franciscana. No en vano, en 1946, el venerable Pío XII eligió la fecha del 16 de enero, día en que la Iglesia celebra a los cinco **protomártires franciscanos**, para la carta apostólica *Exulta, Lusitania felix*, con la que proclamó solemnemente a san Antonio de Padua doctor de la Iglesia, confiriéndole el título de *Doctor evangelicus*.